

Los ideales y las ratas

Cuenta la historia que el viejo del pueblo, quieto y pálido como una gaviota muerta pendiendo de un cable eléctrico, cometió un error y un espasmo. El error fue su quietud, el miedo, el foco puesto en lo impuesto. El espasmo fue un espanto al verse incrustado en el ataúd de hielo que le habían hecho a medida allá por sus tiempos mozos, en las tierras de solano que trazan la frontera, la entrada y salida de las regiones de Castilla y Extremadura.

Medio gitano de padre, medio payo hebreo sefardí de madre, nacido en Casablanca, crecido en Badajoz. Cantante y cantaor, labriego y zumbón. Borracho hasta las nalgas. Sabio en lo que a caballería se refiere. No como Don Quijote de la Mancha, Alonso de Quijano una vez muerto. De parecido esquelético con el antihéroe manchego. Pero con la gran diferencia que su cadena perpetua era de vida, vida en lo ordinario, vida en las cabezas de los jefes y sus espadas, esas que de verdad dan la muerte al fuego y transforman los hechos en vapores y logos, en vacíos y leyes y en hielo ordinario.

Los llanos amarillentos zumbaban de lo lindo, y el viejo se secaba en su bloque de hielo viendo pasar a sus hijas, tres, por mala

suerte, le hicieron creer, por no ser hombre ni decir varón o macho mientras zumbaba y eyaculaba en sus tiempos de sexo y paja.

Tres hijas hermosas como tres musas. Tres hijas que ya las hubiera querido montar el caballero de la triste figura en su destartalado Rocinante. Tres mozas y no tres mozos, por mala suerte y por hambre, hambre de mierda, hambre de ceguera y envidia, hambre de guerra.

Al grano vayamos que se nos hace tarde, o mejor dicho después, después sí, siempre, que es menos viejo y más anciano.

El espasmo creó espanto y el espantapájaros cantó por Morente, Porrina y Camarón. La quietud se movió de su sitio y nunca más supo volver a su lugar de origen. El viejo anduvo en dirección contraria, con su mula y una cuchara de té de la mano. Buscaba la olla o la sartén, para preparar el postre que le dejaría claro un lugar fijo donde caerse muerto, sin ideales, sin espirituosidades, sin leyes y sin machos, solo, como un elefante moribundo, acompañado por sus voces y sus melodías rotas, como la historia no contada en las escuelas.

El viejo cambiaba la piel a cada paso. Las tiras de sangre se secaban antes de tocar el piso. Al rozarlo creaban susurros de viento y remolinos de risa. Cada zancada era un capítulo de su vida pisada, una vida de huellas y féminas, de frío y obligaciones,

de no puedes recurrentes y puentes quebradizos.

—Calla, viejo —le decía su voz interior—. Calla y sigue, sigue como siempre, sigue como antes.

Pero a la voz le salió un hermano, o una hermana. Una hermana de voz que le cantaba por Chavela, y le mecía en la cuna de lo posible.

Cuando la última tira de sangre y arena se retorció en el vientre de la abuela, un toro de Minos se le puso delante. No corrió el viejo. Se quedó quieto sin quietud y sin espasmo. Quietos como el feto acabado deslizándose por el canal de parto, con sus dudas y sus olvidos. Quietos se quedó el viejo, de vejez y lágrimas.

Entonces emergió el anciano, entre coces y cuernos, a través de los mugidos de la mujer múltiple. Fue a parar al pozo de Yossef el egipcio. Escuchó sus mentiras, las mismas de siempre, en Yerusalem, en Cádiz y en los telediarios. Escuchó a su perro azabache, un alterego de sombra y amor, un perro extremeño, de seco y libre como el poema pensado. Escuchó el viejo a su vejez, entre últimos suspiros y vientres de plásticos y ruidos.

Nació el Anciano con un nombre parecido. El hielo se transformó en charco y en océano. Una ola se lo llevó de vueltas y bailes. Le mostró lo extraordinario de lo ordinario y las verdades múltiples.

No le dio llaves ni palabras, pero le mostró todos los gestos y le curó de todos los ideales y espíritusosidades. Le arrancó las gaviotas y las rosas, las hoces y los martillos, las huelgas y las concentraciones. Le mostró al otro yo. El yo posible, el que cambia de continuo, el más apto y no el más fuerte, el que llora, el que se cae y se levanta, el que aprende y aprehende, el que habla y con-versa, el que lenguajea y crea vidas, vidas continuas continuamente.

Y el viejo se convirtió en anciano. Y, colorín descolorado, este encuentro ha caminado.